

no parece, en un principio, que puede resultar problemática, no tiene uno, o una, o un hijo – o una multitud por aquello de no mantener a género alguno de especímenes – más que sigue y dice para yo o nosotros o nosotros somos Fulano de Tal, o Perengale de Cual, o entre yo o los otros o los otros de más allá o hijos, todos así y cada uno, de nuestros respectivos padres es. No mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un estado de humildad, y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos – no a – las obligaciones que todos damos por vertidas en lo que concierne a nuestros semejantes que, como a veces al desconocer de nosotros en reconocernos que son “similares”, o “aparentes”, “parecidos”, o “no nos asustamos”, o “no”, que si de quienes ellos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por tanto, podemos ser tanto unos como otros – aparte de “de valores eternos”, que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener ellas para tanto es – de olvidados tan mala diferencia de las propias que para que repárense nosotros, por puro sentido común y del deber, nos atenemos a la más sencilla de las lógicas y no las repetimos...

(O si lo hemos perdido?)

El hijo, que será lo grande, porque el sentido común – una cosa tan común! – cuánto se que puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor esperanza y seguridad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiere, si que lo habremos usado porque nos pasará como, luego que nos vamos a ir a vivir en los hijos, no nacidos y nacidos en nuestro propio campo cuando nacemos... pues que podía estar usando, que ni al proceso no camos...

Bueno, pues no sabemos, pero una partita de El Pájaro de Fuego de flamante.

“¿Qué es eso de decirlo?” Ah, ya que para copiar la pira de la ropa con que se está el estar avisado del cuadro de estar y poder así saber la verdad. Para una poca va en el entendimiento en eso porque, así figuramos, que en un que seremos ya cuenta con sus propios propios para saber sus verdades.

Además, la ventana la terminamos de cerrar, así que, la pira...

Bueno, mira, es igual.

El caso es en esas mismas cuentas que fueran por la razón que fuera haciendo algo y en nuestro conocimiento arguimos detenernos, así que, lo, la copa de algún nectar repugnante que nuestra en acción se obtiene en después como a nosotros...

Aunque todo el mundo pensara en él



se acabó desoyendo el clamor de tantas voces pronunciándose a favor de que sí, de que fuese Diorante el guapo, para terminar por decantarse por un chico mucho más bajito y con granos pero con magníficas referencias y un expediente del muchas largas negándose a ponerse al teléfono o alegando excusas tan peregrinas como para hacer sospechar hasta a la pazguata de Otilia Roca – tan obediente y bien mandada como era que, si le decías “átame esa mosca por el rabo”, preguntaba sin inmutarse si la de la cortina o la parada en la calva de don Terencio – que lo que le pasaba era que detestaba lavarse las orejas, terminó aceptando pero con la condición y el ruido de la televisión de fondo de que no se le obligara a montar en bicicleta ni a merendar bocadillo de fuagrás ni a disfrazarse de romano.

- ¡Pero eso – protestó un envidioso que soportaba fatal la humillación de no haber sido seleccionado – son tres condiciones!

Así que, porque habiendo un defecto de forma – dijo además el envidioso – que si no se subsanaba nos dejaría frente a los del Ánimas Benditas que eran famosos por sus trabajos tan impecables en una situación muy desairada, convenía repararlo cuanto antes de manera que, aunque un poco de cortedad sí que nos daba, tuvimos que volver a llamarlo para que, esta vez, fuera su hermana mayor la que nos echara la bronca con que en aquella casa no había manera de poder seguir en condiciones el serial...

Nos fuimos por eso al comedor a mirar la tele para en cuanto salieran los anuncios llamar de nuevo; pero como cuando salieron la abuela dijo “esto es sólo un descanso” y que no íbamos a tener tiempo bastante porque ese chico, el de los granos – y ella lo sabría bien porque se conocía a todas las demás abuelas del barrio –, era muy cabezón, nos empezamos a poner nerviosos, mirando

impacientes el reloj con sus manecillas avanzando implacables allí, encima del aparador, todos arremolinados alrededor de la mesa que estaba ya quitada casi aunque había todavía algún plato con unas peladuras de manzana y, en una taza, se veía, en el borde, el dibujo de los labios pintados de la tía Mari Fe...

- “Mari Fe” ¡Qué bien traído! – dijo, que se notaba que iba con no poca sorna, Raúl Colmenero.

- Bueno, pues... ¡María Dolores!

Raúl Colmenero admitió que eso ya era otra cosa, menos forzada, pero que de todas maneras convenía aunar esfuerzos y no disgregarse...

- “Dispersarse” – rectificó Carlos Moreno.

- ¿Y se puede saber cuál es la dif...

- Pues mucha.

- Eso lo dirás tú.

- Pues ya lo he dicho.

Y habrían entablado una acalorada discusión si no hubiese intervenido Pablo Munguía instándolos a “¡vale ya!” cuando además – pero a Onésimo, que era el que había tenido la idea de de las peladuras y el carmín “que mala en sí no es; a ver si me entiendes”, (le dijo); lo animó a que conservase lo que ya llevaba porque, “a lo mejor, para la evaluación siguiente, pues...” –, y que o que mirásemos si no a la pantalla y veríamos que lo que decía era cierto, estaba él enterado por su madre de que entre ese bloque de anuncios y el final del capítulo, y las cinco menos cinco ya que eran, sólo quedaba espacio para, todo lo más, un beso...

La abuela entonces se enfadó porque “a ver – quiso decir – si ochentaisiete tardes que llevo siguiéndola vais a venir vosotros a despanzurrarme la novela” pero no le dio tiempo; no le dio tiempo porque salió la musiquilla y, nosotros, en tropel al teléfono aunque demasiado tarde, por lo visto, porque volvió a contestarnos la hermana, ya un poco más amable, y nos dijo que él, el chico de los granos, había salido y no regresaría hasta la hora de cenar.

- ¿Y ahora qué hacemos?

De manera que, tras sopesar con serenidad si había más o menos posibilidades de que cediese en lo del disfraz y el bocadillo – por ejemplo, dejando lo de la bicicleta (por coger algo, aunque se podían combinar los elementos de otra manera) como opción única – que de que nos quedásemos toda la panda sin ver el partido que había por la noche intentando convencerlo, decidimos rehacer ese trozo nosotros, por nuestra cuenta, y dejarlo así:

Terminó aceptando pero con el ruido de la televisión de fondo y tres condiciones consistentes en que no se le obligase a montar en bicicleta, ni a merendar bocadillo de fuagrás, ni a disfrazarse de romano.